

Acerca de la escuela «pública»

Reflexiones desde la historia

Por Henri BRUGMANS

Ex rector del Colegio Europa de Brujas (Bélgica)

En su Congreso de Groningue (1902) el Partido Obrero Socialdemócrata holandés votó mayoritariamente una resolución en favor de la igualdad integral—es decir, esencialmente financiera—entre todas las escuelas reconocidas, cualquiera que fuera su orientación, racionalista o religiosa. Desde entonces esta «igualdad» llegó a ser parte integrante del programa socialista.

La llamada disputa «escolar» sacudió la vida política europea durante muchos decenios. Aunque no en todos los países de Europa. En Gran Bretaña nunca se planteó y cuando tuvo, un buen día, que explicar a un inglés lo que significaba la palabra francesa «laïcité» (laicidad), fue necesaria una exposición bastante abundante. Exposición que, por otra parte, suscitó en él tanta incomprensión como enojo. Pero, sobre todo en los países de tradición católica, la Izquierda y la Derecha se enfrentaron, a veces violentamente, a propósito de esta cuestión. Conocemos pueblos belgas en los que tal notorio recibía la etiqueta «de izquierda» porque enviaba sus hijos a la escuela pública—olvidándose de paso que dicho señor tenía unas ideas sociales ultra-reaccionarias. En cambio, su colega estaba considerado como «de derechas»—a pesar de sus convicciones sociales avanzadas porque había optado por la escuela «clerical», la de los «sacristanes».

Como suele ocurrir en tales circunstancias, podemos preguntarnos si este problema, que desató tantas pasiones, no estuvo en el fondo, mal planteado. Actualmente, vivimos una cierta «pacificación» en este sector, lo que nos proporciona la suficiente serenidad como para reflexionar acerca de la cuestión, «sine ira et studio».

Podemos entonces preguntarnos si los paladines de la enseñan-

H. BRUGMANS

za «gratuita», laica y obligatoria» han profundizado en sus convicciones. Por una parte, la gratuidad y el carácter obligatorio ya no son puestos en tela de juicio por nadie: constituyen una conquista social definitiva. Pero aquella «laicidad», que éramos incapaces de explicar, e incluso de traducir, en inglés, ¿en qué se basaba?

Parece que estamos aquí en presencia de dos concepciones, que se utilizaron paralelamente en la propaganda, pero de las que podemos preguntarnos si no son muy diferentes y quizá hasta inconciliables.

Se trataría, por una parte, del concepto de la «neutralidad» y, por otra parte, de cierta filosofía, llamada «moderna». Pero una filosofía, cualquiera que sea, nunca es «neutra». Uno se adhiere o no a ella, pero ésta toma posición contra otras ideas—y, por tanto, no está por encima de las polémicas.

Examinemos ahora estas dos justificaciones de la escuela «pública». Recientemente, pudimos ver, en los Países Bajos, un cartel, que representaba un niño y una niña, ambos radiantes, y que, delante de una bandera nacional como fondo, proclamaban orgullosamente: «Sin divisiones, vamos a la escuela pública.»

La afirmación era sorprendente, porque iba en contra de las realidades de la vida, siendo así que la escuela llamada «pública» ocupa únicamente una parcela del terreno escolar. Quiéralo o no, representaba una determinada concepción, opuesta a otras. Que estas otras tengan razón o no es un tema de opción personal. Pero en todo caso, ninguna de las dos partes tiene nunca el derecho de considerarse como representante de la totalidad. Podemos sentir la «división»—católicos, protestantes, judíos, «laicos», pero no podemos negar su existencia.

Ahora bien, lo que este cartel pretendía sugerir era la siguiente idea. Los otros, los «confesionales», introducen en la enseñanza una división religiosa que rechazamos. No hablamos de religión en nuestros programas, porque observamos al respecto una neutralidad tácita. Por tanto no sabríamos inquietar a nadie y todo el mundo estaría, con nosotros, en su sitio y bienvenido.

Desgraciadamente, nos encontramos aquí frente a una opción, aceptable o no, pero en todo caso ideológica: no hablar de un fenómeno importante es tomar posición al respecto. Que el cristianismo haya jugado un papel fundamental en nuestra civilización, es indiscutible. Negarse a hablar de ello es ignorar una profunda realidad. Es manifestar un rechazo. Es extrapolar un factor cultural sin el que no puede comprenderse nuestra sociedad, que sigue siendo marcada por la Biblia, de la misma manera que la sociedad árabe está marcada por el Corán.

Ahora bien, precisamente en la escuela laica, en la que estuvo el autor de estas líneas, se podía perfectamente presentar el Islam como fuerza constitutiva de una civilización. Pero ya no ocurría lo mismo en cuanto al cristianismo en Europa. En este caso, se trataba de permanecer «neutro», ¡y por tanto mudo! ¡Singular «neutralidad», a decir verdad, que no da el derecho de mencionar las realidades más importantes, más actuales!

A mediados del siglo pasado, un gran ministro liberal, el profesor de historia Thorbecke— que dio a los Países Bajos su régimen democrático descentralizado—estudió también el problema que nos interesa.

Sentía perfectamente que detrás de esta «neutralidad» negativa había una opción decisiva—una opción mutilante. Ciertamente, pensaba, los enseñantes «públicos» debían tener el derecho—y tendrían también el deber—de explicar el cristianismo a los jóvenes. Pero en este caso, concluía, un «cristianismo por encima de las divisiones confesionales» Querámoslo o no, la civilización en la que vivimos es de naturaleza «cristiana» y no reconocerlo es un error de juicio más que una prueba de «neutralidad». Porque la verdadera neutralidad consiste en mantenerse apartado de las querrelas de denominación: el fondo común evangélico es lo suficientemente rico como para que se pueda enseñar de una manera respetuosa y positiva.

Thorbecke no se salió con la suya. Por una parte, los cristianos no aceptaron contentarse con un cristianismo tan vago, tan liberal y tan alejado de los debates teológicos que, especialmente en Holanda, se llevan con un ardor particular. Pero por otra parte también, los «laicistas» veían en la propuesta del ministro una manera subrepticia de reintroducir en la escuela «pública» unas tufaradas de aquel «fanatismo religioso» que aborrecían.

Pero ¿cuál era entonces la doctrina de estos últimos?

Neutralidad beligerante

En el fondo, no se consideraban tan «neutros», puesto que querían combatir unas «supersticiones religiosas» que, a su parecer, obstaculizaban la marcha de la Humanidad hacia la emancipación mental y el bienestar. Ellos observaban el comportamiento de las Iglesias en aquella época y concluían que estas siempre se habían opuesto a cualquier progreso intelectual, político y social. Como Voltaire, soñaban con «aplastar al infame». «Roma tiene miedo y se tambalea», como cantaban los estudiantes de la Universidad de Bruselas puesto que, en los tiempos modernos, el libre examen iba a triunfar, alejando las tinieblas.

Evidentemente, en tal perspectiva, ya no se trata de querer reunir a los niños del país en una escuela única, común para todos. Se trata de propagar una ideología que se puede caracterizar por palabras tales como «el pensamiento moderno» o el «progresismo». Lejos de querer una escuela «neutra», querían una profundamente comprometida en el combate contra los oscurantistas, todavía poderosos. En su ambiente, el programa no podía sino alentar a los jóvenes a odiar a la Iglesia, cuyas posturas reaccionarias eran siempre puestas en evidencia de manera especial.

Debemos reconocer que, en el siglo XIX, los paladines de tal progresismo tenían muchos argumentos al respecto. El juicio de Galileo quedaba lejos pero, más cerca de nosotros, podían citar la encíclica **Mirari Vos** o el **Syllabus Errorum** que parecía condenar todas las ideas nuevas. En Francia en particular, el conflicto se entabló por doquier, entre el cura, amigo del hidalgüelo, y el maestro, paladín del nuevo pensamiento. Respecto de este último, era corriente que el culto de la Patria se superpusiera a la propaganda positivista. ¿Es que no andaba Francia «a la cabeza de la Civilización»? ¿No era ella el país de la Gran Revolución, renunciando al privilegio de ser «la hija mayor de la Iglesia»? Distamos mucho aquí de la neutralidad ideológica y de un «cristianismo por encima de las divisiones confesionales». Los laicistas, al menos, no pretendían que la educación pudiera permanecer siendo meramente de hechos, sin color doctrinal. Y estaban completamente en lo cierto.

De todas maneras, era inevitable que, en estas condiciones, estallara una «guerra» escolar y que la vida política de diferentes naciones resultara profundamente marcada por este fenómeno.

Por la Derecha, las cosas seguían su inercia y en su rutina. Cuando se era conservador se reconocía en el cristianismo una fuerza principal de conservación y un aliado de peso. Pero, ¿cómo reaccionó la Izquierda?

Probablemente, el debate más fundamental al respecto se desarrolló en el Partido Obrero Socialdemócrata holandés que, en su congreso de Groningue, en 1902, votó una resolución en favor de la igualdad integral—es decir esencialmente financiera—entre todas las escuelas reconocidas. ¿Cualquiera que fuera su orientación, racionalista o religiosa? Sí, exactamente. Desde entonces, esta «igualdad» llegó a ser parte integrante del programa socialista.

No se produjo esto, desde luego sin dificultad, porque el Partido comprendía un gran número de maestros entre sus directivos, y estos, como era normal, militaban por su tipo de escuela y exigían una declaración de principio en favor de la escuela «neutra, estatal y obligatoria». Su influencia era decisiva, y la Izquierda marxista, que seguía entonces las huellas del Positivismo, les apo-

yaba vigorosamente. ¿Cómo, entonces, pudo la mayoría del Congreso seguir la dirección del Partido?

Precisemos primero que no todos los ateos socialistas estaban en contra de las subvenciones a la enseñanza confesional. Uno de sus más prestigiosos líderes había escrito, ya el 8 de marzo de 1901, en el mismo periódico de los librepensadores, *De Vrije Gedachte*, que las autoridades públicas tenían, ciertamente, el derecho de procurar que **todos** los niños recibieran una enseñanza adecuada. Pero, añadía, «la cuestión es conocer si el Estado debe meterse en la cuestión del **espíritu** de la enseñanza». Y seguía declarando que no se crean hombres libres asustando con la fusta, desde arriba «el principio de que, en lo que se refiere al **espíritu** de la educación escolar, esta debe depender enteramente de la libre elección de los padres; en cambio, los gastos de esta educación escolar deben ser soportados por el Estado, como representante de la comunidad». Para el autor de este artículo, no había duda, por otra parte, de que en una competencia honesta, el «pensamiento moderno» iba finalmente a ganar la partida.

En cuanto al líder carismático de la Socialdemocracia neerlandesa, el Frisón Piter-Jelle Troelstra, tenía una sensibilidad instintivamente federalista e ignoraba aquel culto del Estado, que era tan familiar a tantos de sus camaradas internacionales.

Para él, la cuestión estaba resuelta. El Estado, financiado por todos los contribuyentes, no tenía el derecho de discriminar a unos con relación a otros. Evidentemente—suponía—prácticamente todos los militantes iban a confiar a sus hijos a la escuela «pública». Era su derecho más estricto. Pero otros tenían al menos un derecho igualmente imprescriptible de preferir otro tipo de educación. ¡Es el Estado quien en aquel debate, debía permanecer «neutro»!

Socialistas: la táctica y los principios

Pero Troelstra y sus amigos tenían a su vez otro argumento, menos doctrinalmente democrático y más actual. «Estamos de acuerdo con los liberales», decían en sustancia, «en tener una preferencia por la escuela pública. Pero ellos siguen siendo los representantes absolutos de la clase burguesa. Son los defensores típicos del Capitalismo. Y por tanto no será nunca con ellos como seremos capaces de transformar las condiciones sociales. Nuestros aliados potenciales son las masas creyentes. Es también con ellas con las que, por el momento, tenemos las mayores posibilidades de ganar votos. Pero mientras sigamos con la manzana de la discordia escolar nunca conseguiremos plantear correctamente los verdaderos problemas sociales. Procuremos por tanto eliminar las discusiones escolares y hagamos un llamamiento a los cristianos para que se unan con nosotros en la vía del Socialismo».

H. BRUGMANS

Resulta difícil conocer qué argumento es el que tuvo más peso en el voto del Congreso, o si la *táctica* resultó más convincente que los *principios*. Lo cierto es que la resolución mayoritaria consiguió 72 votos, la de la minoría «marxista» 33, y 18 se abstuvieron. Es decir que apenas el 58 por 100 de los congresistas votaron con la mayoría. Sin embargo esta votación era ahora vinculante para el Partido.

Hay otro punto en lo que se refiere al ejemplo holandés, que nos parece de un gran interés y de una actualidad evidente. En los medios liberales se ha dicho muy a menudo que los socialdemócratas traicionaron sus convicciones librepensadoras al sustituir el ideal de la escuela pública por el del sufragio universal. Para ellos, todo fue un problema de manipulaciones.

Pero no fue tal lo ocurrido. Ciertamente numerosos militantes comprendieron que había que clasificar a aliados y enemigos según criterios políticos, en los que la cuestión escolar no era prioritaria. Pero resulta que, de camino, los mayoritarios de Groningue tuvieron a la opinión del Partido cada vez más en favor y que el núcleo duro de los minoritarios (que consideraban que no podía dejarse la opción de la escuela a unos padres «incompetentes»...) resultó tajantemente cercenado cuando, en el congreso de Deventer, en 1912, los marxistas de izquierda fueron excluidos y decidieron fundar un partido aparte, futuro núcleo del Comunismo.

Se trata aquí de un «case-study» esclarecedor. No sólo demostró que un partido socialista podían aceptar la igualdad financiera entre todas las escuelas, cualquiera que fuese su base doctrinal, sino también, así lo esperamos, en qué medida el debate estaba a veces mal planteado. En el Congreso de Groningue, numerosos marxistas de izquierda consideraban la escuela del Estado como un instrumento ideal de transformación ideológica... aunque utilizando el argumento «neutralista». Es obvio que hubieran tenido que elegir entre uno u otro enfoque. Su buena fe no está en cuestión, pero su visión era confusa.

Podríamos limitarnos a esto. Pero quizá no resulte inútil mencionar en este contexto una experiencia que tuvo lugar en los Países Bajos durante la ocupación nazi.

Durante este período, todo el mundo pudo comprobar el valor de la libertad escolar. Mientras el Ministerio—entonces dirigido por un holandés no nazi pero germanófilo—podía nombrar el personal docente en las escuelas «públicas», no era tal el caso en las otras, en las que un Consejo de Administración autónomo era el responsable. Y, al primer intento oficial de nombrar un maestro en una escuela protestante, el clamor de indignación fue general. No se ponía en cuestión la persona del interesado, sino la validez de su nominación, la cual debía incumbir íntegramente al Consejo

LA ESCUELA «PÚBLICA»

Local. Hubo amenaza de huelga, y el secretario general del Ministerio comprendió era mejor no insistir.

Es así cómo la escuela libre se había hecho digna simplemente y ni más ni menos que de la libertad.

Brujas, 29 de abril de 1980.